

Una epistemología en transición: Paul Veyne*

■ Michel de Certeau

Raymond Aron no se equivocó al juzgar el libro de Paul Veyne: el David de Aix desafía "las querellas de las sectas, de las modas parisinas".¹ Paul Veyne enarboló la bandera de la Provenza.² Su epistemología es en principio un "Caballo de Troya" del que salen trescientas cincuenta páginas del libelo que podría titularse: "Descolonizar la historia".³ Esta irrupción provenzal se añade a otras que también venían de Aix-en-Provence: los análisis irónicos de Mounin sobre el estilo de Lacan, sobre los giros de la semiología parisina, y sobre los "listos para usarse", o más bien "listos para tirarse", de las sucesivas modas que la provincia considera de su altura;⁴ la divertida sátira de Barthes hecha por Molino,⁵ etc. Los mismos amigos, o casi amigos —Granger, Molino, etc.— se reencontran detrás del libro de Veyne⁶ para festejar las ortodoxias patronales de la capital.

Sin duda alguna, el juego de la matanza huele a *pastis*. Pero una atmósfera jubilosa reina en la conversación que asocia la profusión de las ideas y de las lecturas con la exacta prontitud de las críticas. Y si no se tiene tiempo para leer todo el libro, se reco-

* Esta reseña apareció originalmente en la revista *Annales ESC*, París, t. 27, 1972.

¹ Raymond Aron, "Comment l'historien écrit l'épistémologie", *Annales ESC*, 1971, no. 6, p. 1320.

² Paul Veyne, *Comment on écrit l'histoire. Essai d'épistémologie*, París, Seuil, 1971.

³ Es el título-programa del artículo de André Larzac en favor de una historia autónoma. "Décoloniser l'histoire d'occident". *Les temps modernes*, noviembre 1971, pp. 675-695.

⁴ Georges Mounin, sobre todo: "Quelques traits du style de Jacques Lacan" y "La sémiologie de Roland Barthes", artículos retomados de la *Introduction à la sémiologie*, París, Ed. de Minuit, 1970, pp. 181-197.

⁵ J. Molino, "La méthode critique de Roland Barthes", *La linguistique*, 1969, no. 2.

⁶ Paul Veyne, *op. cit.*, p. 10, nota I. El nombre del autor, seguido de la indicación de la página, remite a *Comment on écrit l'histoire*.

mienda que se lean aunque sea las notas. Uno se divierte mucho en las cuevas de Veyne.

Este manifiesto habla de una provincia que quiere ser *diferente*. Un viento de libertad llega del sur, el que ha "conmovido" a muchos investigadores atrapados en las ortodoxias impuestas por los años que dura (diez, quince años de tesis) la centralización universitaria.⁷ Ahí existe también un signo suplementario de la evolución que se da en las provincias consagradas por mucho tiempo a la conformidad, y que rebasa evidentemente a las instituciones universitarias. Mientras que la capital se hunde y se fragmenta como ahogada en su propia masa, se emancipan los escalones de su imperio intelectual. Señores, nos acercamos ya a París. ¿Será necesario advertir a los príncipes que no se trata de una revolución?

¿Una retórica de la erudición?

La capital es "estructuralista"; Veyne será antiestructuralista. Ya que en ella se practica la historia cuantitativa, o porque ahí prospere el análisis formal, él estará en contra.⁸ Se trata de una guerra de resistencia. Él ordena su "epistemología" en un cuerpo constituido. Sigue a sus sucesivos adversarios en su terreno. Parece que combate al campo. Se pensaría incluso que retoza. Sin embargo, en cada página, un autor cae en sus cuevas: rápidamente es "rectificado", llega al sitio preciso de su fragilidad. Las notas de Veyne están llenas de muertos gloriosos, caídos después del combate. Se entierran muchos y con brío.

La erudición es tan incansable como el gusto por la desmitificación. Este cazador de ortodoxias es invencible. Hace brillar las referencias y las citas. Se burla de las bibliografías. Lo ha leído todo, o casi todo, y no esconde nada. Su cultura libresca es sorprendente. Circula, alerta, en todas las literaturas científicas. Cita la página exacta. Pesca la confesión escondida en un análisis. Extrae de esta masa la teoría pertinente, o bien, la frase en la que un autor se traiciona. Sabe además pegar en el cristal, sobre el vidrio

⁷ Cf. por ejemplo Terry N. y Priscilla P. Clark, "Le patron et son cercle: cief de l'université française", *Revue Française de Sociologie*, 12, 1971, pp. 19-39.

⁸ R. Aron escribe precisamente: "P. Veyne piensa primero y antes que nada contra [...]", (*op. cit.*, p. 321).

de un estilo transparente, la silueta de un pensamiento, su rigor o sus defectos.

A pesar de todo, la ubicuidad misma despierta la sospecha. En el campo textual donde circula, se imbrican sus distintas posiciones, se apilan sus lecturas. Pero, él mismo, ¿dónde está? Parece que *nunca* está *ahí*. Su movilidad tiene la figura de un no lugar. Esconde el lugar desde donde habla el autor y desde el cual se autoriza su discurso. No confiesa la práctica en la que se articula su discurso que es, en el fondo, una práctica *literaria*. El brillante juego que regula la combinación de tantos autores, se desarrolla sobre la superficie plana e indefinida del texto en el que él reduce, transforma y organiza los "pre-textos" que forman todas sus lecturas. Bajo tal sesgo, esta obra movable se acerca a una forma típica de la literatura universitaria. Pertenece a una retórica de la erudición.

Sin embargo, la obra tiene como objetivo e interés sostener que la historiografía no puede ser sino una retórica de la curiosidad. Este libro se define por tanto, por la relación y la tensión entre una retórica de la erudición y la del placer. Y si está cargada, a veces hasta la saturación, de la repetición (hasta un cierto punto sadista) del placer indefinido de saber y de decir, es por la necesidad misma de su propósito explícito. Ya que las consideraciones que conciernen a la "objetividad" o a la "subjetividad" de la historia son en sí mismas dependientes y redundantes, creo, a título de su inclusión en una tesis más fundamental, que para Veyne la historiografía se encuentra reducida, con respecto a la coherencia, a las reglas de un género literario y, con respecto al referente, al placer del investigador. En suma, es el texto de un deseo.

Las reliquias de una epistemología anticuada

En esto radica la novedad del libro. Pero antes de medir su importancia, se debe considerar por un momento el andamio compuesto con los restos de una epistemología en la que veré, de buen grado, una especie de broma y de burla, y quizá, es posible que el autor comparta esta opinión.

En principio se impone un criterio completamente externo. Cómo podrá tratarse de historia en un trabajo en el que apenas se rozan las grandes obras de la historiografía francesa: ni Braudel, ni Labrousse, ni Le Roy Ladurie, ni Meuvret, ni Vernant, ni Vilar

dan lugar a un análisis de los métodos o de las prácticas –y sólo cito los primeros nombres que me vienen a la mente. Hay muchos otros que apenas se tocan. ¿Será que la eliminación se refiere a las ortodoxias? Sin embargo, ni Baehrel, ni Ariès, etc. reciben un mejor trato. ¿De qué habla entonces el autor si considera desdeñables a los más grandes historiadores de estos tiempos; si no articula una epistemología en el examen de sus técnicas y de sus procedimientos efectivos; si, por una desconfianza excesiva con respecto a las “trampas” de la institución,⁹ rechaza situarse en relación con las instituciones del saber (universitarias y científicas), de las cuales forma parte y que constituyen el lugar desde el cual habla? ¿Qué hay de sorprendente, después de todo, en que de la historia sólo quede una literatura que habla de objetos pasados? De la lógica empleada en los aparatos y de las operaciones que produce la historiografía, nada queda.

Por el contrario, las críticas o los elogios de Veyne se dirigen a menudo a los “antiguos” ya mil veces estudiados: Taine, Seignobos, Marc Bloch, Toynbee, Pirenne, etc. Uno lo creería a veces nonagenario. Yo diría que hay muchos cadáveres en las notas de esta epistemología. Pero son viejos muertos. ¿Era necesario ocuparse tanto de rematarlos o de exhumarlos otra vez?

Veyne hace brillar instantáneamente el resplandor exótico de un cierto número de autores norteamericanos que tampoco son más frescos. De esta manera alaba, cita y decora a Arthur C. Danto, saturado de una “filosofía analítica” que desde hace cuarenta años ha envejecido bajo los arneses de las universidades de EUA;¹⁰ o bien, a Ludwig von Mises, quien pule las verdades del sentido común con una filosofía liberal antimarxista, empeñándose en hacer de las “ideas” el dato último de la historia, y del “individuo”, el criterio y objeto final del juicio historiográfico.¹¹ Por el contrario, pocas cosas, o nada, comenta acerca de L. C. Brinton, P. Miller, R. R. Palmer, etc., por no hablar de los más grandes entre los antiguos: Beard, Parrington, etc., o de los más recientes: J. Demos, P. Greven, D. R. Kelley, S. Lind, R. Middlekauff, S. Thernstrom, etc. Sobre los historiólogos, la documentación es muy rica, pero sobre los historiadores, pobre. Tengo la desagradable impresión de que

⁹ Cf. Paul Veyne, *op. cit.*, p. 243.

¹⁰ *Analytical Philosophy of History*, Cambridge University Press, 1965.

¹¹ Ludwig von Mises, *Theory and History. An Interpretation of Social and Economic Evolution*, Yale University Press. 1957. Von Mises no se conforma con evocar algunas verdades primeras; a las relaciones de la historia con la praxeología abre

Veyne se burla de mí y que a veces nos tira polvo a los ojos (un polvo de oro, ciertamente).

Sin embargo, se impone por su frase que corta y que cercena, que se organiza en argucias que crean voces obligadas, bajo la forma: "Ça n'existe pas" (eso no existe), "il n'y a pas..." (no hay), o bajo la forma "il n'y a que" (sólo hay)¹²—formas clausurantes que únicamente dejan una salida. El lector se impresiona con estas guillotinas. O bien se rebela, o pone el cuello. Quizá es ésa la reacción del parisino, que olvida que el lenguaje se cocina a la provenzal, con pimientos y salsas fuertes.

Sin embargo las funciones se invierten cuando, en serio, Paul Veyne exhuma de Aristóteles su epistemología sublunar, o bien, cuando nos detiene y repite proposiciones que se han vuelto increíbles sobre la ciencia o sobre los "hechos". "La física, escribe, es un cuerpo de leyes y la historia es un cuerpo de hechos".¹³ Hace tres cuartos de siglo que los físicos ya no aceptan la concepción de ley que se les había prestado, y que ya no se refieren más "al mundo de la ciencia que sólo conoce leyes".¹⁴

perspectivas interesantes, aunque un poco idealistas (el análisis de las acciones pasadas debe permitir conocer las acciones futuras de otros); *ibid.*, pp. 309 y ss.

¹² Ejemplos de fórmulas de "Ça n'existe pas": "La méthode historique [...] n'existe pas" (el método histórico [...] no existe), (p. 23); "il n'existe pas de connaissance historique ou historienne" (no existe conocimiento histórico o historiador) (p. 89); "il n'existe pas d'explication historique au sens scientifique du mot" (no existe explicación histórica en el sentido científico del término) (p. 112); "l'histoire n'a pas de grandes lignes" (la historia no tiene grandes líneas) (p. 130); "les grandes historiens n'ont pas d'idées" (los grandes historiadores no tienen ideas) (p. 134); "il n'existe point non plus de forces de production, il existe seulement des hommes que produisent" (tampoco existen fuerzas de producción, sólo existen hombres que producen) (p. 138); "il n'existe pas de lois de l'histoire" (no existen leyes de la historia) (p. 299); "la sociologie est sans objet" (la sociología no tiene objeto) (p. 318); etc.

Ejemplos de fórmulas en "il n'y a que": "il n'existe que des histoires de" (sólo existen las historias de) (p. 38); "il n'existe que du déterminé" (sólo existe lo determinado) (p. 102); "l'histoire [...] ne présente que des difficultés de détail" (la historia sólo presenta dificultades de detalle) (p. 132); "il n'existe que du corporal, choses ou gens, du concret, de l'individuel et du déterminé" (sólo existe lo corporal, cosas o gentes, lo concreto, lo individual y lo determinado) (p. 138); "Les concepts historiques appartiennent exclusivement au sens commun" (los conceptos históricos pertenecen exclusivamente al sentido común) (p. 161); "la société française de 1936 n'a de réalité que nominale" (la sociedad francesa de 1936 sólo tiene una realidad nominal) (p. 320); etc.

Deberían añadirse muchas otras fórmulas de cierre, aquellas, por ejemplo, que obedecen al tipo: "Voilà pourquoi" (He aquí la razón de) (cf. p. 301).

¹³ Veyne, p. 21. El aforismo le gusta a Veyne, quien lo retoma muy a menudo en su artículo "Contestation de la sociologie", *Diogenes*, 1971, no. 75, pp. 5, 9 y ss.

¹⁴ Veyne, p. 114.

En cuanto a los "hechos" con los cuales Veyne declara "contentarse" como historiador, son simplemente el producto del empirismo al que él se anticipa, ya que desde la primera página él mismo se define como "un empirista obsoleto".¹⁵ Por esta razón, sitúa dentro de lo real la frontera entre lo conocido y lo desconocido: el conocimiento se extraerá de las realidades particulares. También para Veyne, la "historia" puede ser "una narración de sucesos *verdaderos*", y "desde el momento en que uno relata cosas *verdaderas*, se satisface", las enuncia "dentro de su *naturalidad*".¹⁶ ¿De qué pozo sale entonces esa "verdad"? Ya que el "hecho" resulta de un recorte operado en función de los procedimientos de análisis, es una manera de exponer o de apelar a un sentido conforme a un sistema de interpretación. Pero, ¿cómo desconfiará Veyne de la ideología que dirige su *concepción* del "hecho" o de lo "concreto", ya que remite *ad patres* al examen de los conceptos?¹⁷ También se dan de buenas a primeras la realidad y la verdad: "Para un historiador como para todos los hombres, lo que es propiamente real, son los individuos",¹⁸ la individualidad, siendo por definición lo real a lo que la historia accede y lo que hace posible la emergencia de sucesos dentro del discurso.¹⁹ Todavía más explícitamente, recurre a una "ontología de la substancia individual".²⁰ El rechazo de los problemas conceptuales lo lleva a una ontología. A nivel práctico, se traduce en el privilegio completamente inmediato acordado a las microunidades ("hechos", "sucesos", "individuos", etc.) sobre las macrounidades ("sociedad", "mentalidad", "período", etc.) aunque, fundamentalmente, tanto unas como otras remiten por igual al estatuto de un recorte conceptual.

Toda esta epistemología parece organizarse en función de una serie de dicotomías: concreto/abstracto, contingente/necesario, fenómeno/esencia. Estas discrepancias retoman en los dife-

¹⁵ *Ibid.*, p. 7.

¹⁶ *Ibid.*, pp. 22-4. El subrayado es mío.

¹⁷ "El deseo frecuentemente expresado, de ver a la historia definir precisamente los conceptos que ella usa, y la afirmación de que esta precisión es la condición primera de sus progresos futuros, son un bello ejemplo de metodología falsa y de rigor inútil", *ibid.*, p. 164. Veyne por lo menos habría aprendido a desconfiar de las libertades que él se otorga, si hubiera retomado los análisis de Hegel sobre el concepto de lo *concreto*; pero sólo le tiene desdén a ese filósofo (cf. p. 139), a pesar de ser el postulado de un siglo y medio de pensamiento historiográfico.

¹⁸ *Ibid.*, p. 138.

¹⁹ Cf. *ibid.*, p. 80: "Los sucesos mismos [...] siguen teniendo una individualidad", etc.

²⁰ Paul Veyne, "Contestation de la sociologie", *op. cit.*, p. 13.

rentes regímenes el corte entre lo *vivido* y lo *formal*, o entre el *hecho* y la *ley*. La historia se situaría del lado de lo "vivido" y de los "hechos", por esta razón de que habla. Las palabras, en este sector literario, darían las cosas. El lenguaje tendría una relación de adecuación (por lo menos parcial) con su referente; reproduciría las articulaciones;²¹ podría entonces someter lo real y resultar la transparencia, (aunque fragmentaria) de los hechos "verdaderos".

No es sorprendente que Veyne remita continuamente las cuestiones actuales de la historiografía a los "viejos debates".²² En último término, esta filosofía del lenguaje nos devuelve al viejo Aristóteles. ¿No afirma Veyne que en lo que concierne a la ciencia "la respuesta se precisó desde los *Seconds Analytiques*, y no ha cambiado esencialmente"?²³ Al contrario, parece que este famoso texto, comentado cien veces, permite medir lo que ha "cambiado" desde entonces, es decir, la relación misma del lenguaje con su referente. Aristóteles funda la ciencia sobre eso que se nos ha vuelto precisamente impensable, la posibilidad de un lenguaje referido a una "institución" que "aprehenda los principios", que por lo tanto "es el principio de la ciencia" y funda así una coincidencia original del saber y de la verdad.²⁴ Al postular hoy una situación epistemológica de este tipo, Paul Veyne desprecia lo que actualmente caracteriza la construcción del lenguaje científico y también el análisis científico del lenguaje. Así pues, por razones que no están ligadas a elecciones ideológicas personales, sino a las condiciones generales de la práctica del discurso, se ha vuelto nostálgica la hipótesis de un lenguaje de la *presencia*.

El discurso de la Historia

Asimismo, Veyne declara que la historia es "nominalista". Como insolente lector, me permito hacer una selección entre las posiciones que sucesivamente toma, y considero que ésta es la más fiel a su pensamiento. Dejo de lado, entonces, las disputas ligadas a una

²¹ Sobre esta porosidad del lenguaje con relación a las "substancias" que "existen", cf., por ejemplo, Paul Veyne, *op. cit.*, p. 138.

²² En su artículo "Contestation de la sociologie", remite así los problemas del conocimiento a los "viejos debates" discutidos por Leibnitz (*op. cit.*, p. 22), Santo Tomás de Aquino (*ibid.*, p. 13), o Aristóteles (*ibid.*, p. 12).

²³ Paul Veyne, "Contestation de la sociologie", *op. cit.*, p. 5.

²⁴ Aristóteles, *Organon*, IV, *Seconds Analytiques*, II, 19, trad. Tricot, París, Vrin, 1947, pp. 241-47.

epistemología antigua de la relación sujeto-objeto. Al menos tenemos que reconocerles el mérito de haber llenado el cofre del autor, del cual extrae las maravillas "inventadas" por su incansable curiosidad: cuántas agudas anotaciones sobre los problemas históricos²⁵ o los autores más diversos;²⁶ cuántas observaciones a este respecto de una disponibilidad vigilante de las cosas y de la gente. Hay mucho de Montaigne en Veyne. Eso es lo que seduce. Y no tanto su epistemología demasiado distante de los procedimientos historiográficos y de los análisis del lenguaje para ser convincente. ¿Qué es entonces, de hecho, una teoría, sino la articulación de una práctica? y ¿qué es una epistemología, sino el discurso que dilucida esta relación? El interés de Veyne no se orienta en ese sentido.

Sin embargo, sus propios gustos y curiosidades lo han llevado mucho más allá del aparato conceptual que debe a la posteridad americana o germánica del criticismo alemán de fines del siglo XIX. Cuestiones particularmente nuevas e importantes surgen de la experiencia que él mismo tiene de la historia. Giran alrededor de dos polos: 1) la historiografía es *un discurso*, un "género literario", organizado en forma de "intriga" y compuesto de una serie de "episodios"; 2) la práctica historiográfica lleva a *un deseo* de saber, a una "curiosidad", en el historiador. "Recapitulemos —dice—: la historia es una actividad intelectual que, por medio de formas literarias consagradas, sirve a fines de simple curiosidad".²⁷

Si uno lo lee de esta manera, y ya no dentro de la continuidad de la escolástica, resultado de los "viejos debates" sobre la objetividad y la subjetividad del conocimiento histórico, el libro se esclarece. Paradójicamente recoge, a su manera, la reflexión de R. Barthes o de M. Foucault,²⁸ ya que ellos abordan la historia como

²⁵ Al azar, entre tantas riquezas, citaré las notas sobre la enfermedad de la tos en el siglo XVI (pp. 36-7), sobre el evergetismo (pp. 52-4) al que Veyne le ha consagrado un extraordinario artículo (*Annales ESC*, 1969, pp. 785 y ss.), sobre la consigna inmemorial del "envejecimiento del mundo" (p. 141), sobre el nacionalismo helénico (p. 159), sobre el diseño florentino (p. 277), etc.

²⁶ Por ejemplo sobre Panofsky (p. 137, nota 21), sobre M. Weber (pp. 173-75), etc.

²⁷ Veyne, p. 103.

²⁸ Roland Barthes, "Le discours de l'histoire", *Social Science Information*, VI, 4, 1967, pp. 65-75; *Id.* "L'effet de réel" *Communications*, no. II, 1968, pp. 84-90; Michel Foucault, *Les mots et les choses*, París, Gallimard, cap. VII-X; *Id.*, *L'archéologie du savoir*, París, Seuil, 1970, el capítulo "Histoire et structure", pp. 103-16, o las investigaciones de Julia Kristeva, *Sémiotiké. Recherches pour une sémanalyse*, París, Seuil, 1969, sobre todo el capítulo "La productivité dite texte", pp. 208-45. Veyne remite él mismo a Saussure (p. 142) y quizá a Foucault (p. 164, donde él recusa "las continuidades tramposas, las genealogías abusivas").

un discurso y, en la dirección que M. Foucault trabaja actualmente, como una organización textual articulada sobre un "querer saber" —sobre el deseo de saber. Sin embargo, rechazando (o bien descuidando) la elaboración teórica y metodológica presentada en estas obras, Paul Veyne habla, él mismo, por su cuenta, de "género literario" y de "curiosidad".

Bajo el primer aspecto, considera a la historiografía como un "relato" y una "puesta en escena".²⁹ De esta "intriga",³⁰ privilegia "la naturaleza literaria".³¹ La "explicación" es para él, por otra parte, un orden de lo expuesto: "Lo que llamamos explicación es, tan sólo, la manera que tiene el relato de organizarse en una intriga comprensible".³² Y "el desarrollo de la intriga" se lleva a cabo según un ordenamiento de "episodios" que tienen dentro del relato la figura de "causas"³³ que obedecen a reglas. Se trata de "formas literarias consagradas" cuya estructura es entonces aislable.

Esta perspectiva remite al análisis de un discurso propio, con una discreción quizá burlona, o quizá con un desprecio aristocrático de la jerga técnica, o quizá en la ignorancia deliciosa de lo que se hace en París (pero ¿puede uno suponerlo de un lector como Veyne?). Esta perspectiva introduce una semiótica. Permite visualizar cómo ese discurso se ordena según una retórica, cómo entra en juego un código de verosimilitud, cómo intervienen los procedimientos de "expansión" o de "condensación" (A. J. Greimas) que suspenden o precipitan el tiempo referencial,³⁴ etc.

Veyne no habla de todo esto. Prefiere los rodeos. Defiende su propósito haciendo una crítica de los conceptos (las "causas", las "grandes líneas", los "cuadros" de una época, etc.) y realizando una apología del "detalle" o de los "hechos" en la historia. Navega entre dos aguas, como si tuviera cuestiones nuevas, sin poder tratarlas por ellas mismas. Se contenta entonces con metaforizar

²⁹ Cf. en particular Veyne, cap. VI, pp. III y ss. La historia, dice, "sigue siendo fundamentalmente un relato" (p. III). "Incluso una historia económica como la del Frente popular de Sauvy sigue siendo una intriga que pone en escena teoremas sobre la producción" (p. 112).

³⁰ Contrariamente a lo que piensa R. Aron ("Comment l'historien écrit l'épistémologie", *op. cit.*, p. 1320, nota 3), creo que el término de *intriga* representa en Veyne una elucidación de su propósito en relación con aquel del *itinerario* empleado anteriormente por él mismo (en *Annales*, 1969, pp. 785 y ss.).

³¹ Veyne, p. 272.

³² *Ibid.*, p. 111.

³³ *Ibid.*, p. 115.

³⁴ El relato va rápido en los tiempos en que "no pasa nada", y se detiene para contar los "tiempos cálidos".

las viejas posiciones, convertidas en parábolas (pero también en camuflaje) de su tema, que es el discurso o el "género literario" histórico. Barroquiza una epistemología que de hecho ya le es extraña.

Esta distorsión interna indica un momento de paso. Con este signo se reconoce una epistemología de transición, acompañada, como a *mezza voce*, de una serie de alusiones a la "desdicha" del historiador (opuestas a su placer). Ésta se define sobre todo por el incesante resurgimiento de interrogaciones *diferentes* de las problemáticas reemplazadas a su servicio. Pues Veyne es muy lúcido frente a los *discursos* económicos o sociológicos, como para dejar escapar estas cuestiones. Vuelve entonces en torno de Jericó.

El problema que plantea es fundamental. Se basa en el hecho de que la epistemología, ayer organizada en relación con el "objeto" y lo real, refluye hoy en el lenguaje. La historia es la más gravemente herida en este reflujo, ella, que en el siglo XIX reemplazó en gran parte a la filosofía y pretendió dar lo real por mediación de los "hechos históricos". Esta accesibilidad de lo real gracias a una transparencia (un tanto parcial, un tanto deformante) del discurso histórico, ya no parece pensable desde que el aparato técnico historiográfico *se plantea* postulados y objetos formales, permitiendo la *producción* de "obras" interpretativas; desde que la operación histórica consiste en una *serie de "transformaciones"* que cambian los textos o los "pre-textos" (los documentos) en otros textos (las obras históricas); desde que el discurso mismo es definible en términos de reglas características; y desde que toda adecuación a un referente (lo real) es en la historia, como en la novela "realista", un "efecto de lo real", es decir, una manera de enunciar propia de un género literario.³⁵ Uno pasa así, de una realidad histórica (l'Histoire, historia acontecida o *Geschichte*) "recibida" en un texto, a una realidad textual (la historiografía, o *Historie* "Historia") "producida" por una operación cuyas normas están fijadas de antemano.

Con el riesgo de ser la víctima de las "modas" y de las "sectas", creeré que Veyne tiene muy cerca, junto con Barthes, Foucault, Greimas, Kristeva o Todorov, las cuevas de Ali-Babá, cuyo "Ábrete sésamo" detiene, y que recelan de los "conceptos" que ya habían sido proporcionados a estas cuestiones. Y si estas

³⁵ Cf. por ejemplo los análisis de Barthes sobre "el efecto de lo real", en los artículos citados anteriormente.

cuevas son demasiado parisinas, tienen riquezas análogas en los jardines de Aix de Granger, de Molino o de Mounin.

El deseo del historiador

Una vez que se libra de las ortodoxias y de los formalismos, introduce un problema más nuevo todavía, para manifestar su deseo de historiador, sus curiosidades y sus placeres. Es una revolución el instalar el placer como criterio y como regla, ahí donde reinan a veces la "misión" y el funcionarismo políticos del historiador, después la "vocación" puesta al servicio de una "verdad" social, en una palabra, la ley tecnocrática de las instituciones del saber. Con esto, Veyne transforma una "disciplina".

Cuando rechaza las "leyes" que habilitarían a la historia como ciencia, comienza primero, me parece, por la ascesis (¿podría decirse por el jansenismo?) tradicional, presente desde hace mucho en la enseñanza universitaria. El boquete que hace en esa muralla de obligaciones apunta menos, en primera instancia, a una epistemología que a la ética de que se encuentra investida subrepticamente. Opera un desplazamiento de la ley hacia el placer. La sustitución de las "causas" por la "intriga", de los "cuadros" por los "detalles", de las categorías y el orden de periodización por la historia, o los *items* (pistas transversales y temáticas), finalmente de lo "formal" por lo "vivido", permite en su texto la posibilidad de un regreso al *sujeto* de la historia.

Evidentemente este "retorno de lo inhibido" trastoca toda una epistemología de la historia. Sin duda alguna, aquí se figura y se practica más de lo que se teoriza. Por ejemplo, la "liberación" del sujeto se afirma por la desviación de la selección operada entre dos formas de conceptualización: Veyne prefiere las unidades-micro (sucesos, hechos, etc.), a las unidades-macro (mentalidad, siglo, estructuras económicas, etc.), mientras que tanto unas como otras, en el nivel en que se sitúa para tratarlas, plantean los mismos problemas. Sin embargo, el desmoronamiento de la "historia" en un polvo de hechos, de detalles, y también de decisiones subjetivas, tiene como función indirecta la de remitir al sujeto historiador. Esta fragmentación indefinida, todavía designada en términos de una epistemología tradicional, es ya la metáfora de la que se sirve Veyne para reintroducir al destinatario en el análisis del texto historiográfico. Por esta vía, hace resurgir la relación de la narratividad al *yo* locutor.

Se puede constatar, en los historiadores recientes, que esta resurrección del *yo* en el discurso histórico comienza con la importancia creciente, aunque todavía adicional, acordada a *la historia del sujeto-historiador*: los *Préfaces*, en extensión, se articulan en la *historia del objeto* estudiado y precisan el lugar del locutor.³⁶ Sólo es una tendencia, limitada por las reglas impuestas a la tesis. Sin embargo, finalmente, la presión con la que Veyne se hace el testigo apunta a destrozarse lo que Barthes analiza justamente como una "censura de la enunciación" por un "reflujo masivo del discurso hacia el enunciado, e incluso (en el caso del historiador) hacia el referente: no hay nadie ahí que asuma el enunciado".³⁷

Bajo este sesgo, la "objetividad" del discurso histórico aparece como una "carencia de signos del enunciante". Es el producto de lo que se podría llamar "la ilusión referencial" ("puesto que el historiador pretende dejar hablar al referente completamente solo").³⁸ Paul Veyne cambia, entonces, una estructura narrativa al estremecer las columnas de una metodología "objetiva" para hacerle lugar al enunciante. Marcado por una conceptualización heterogénea, su interrogación concierne a la enunciación, es decir, a eso que, según Ch. S. Pierce, la semiótica analiza como la capacidad que tiene el sujeto de asumir los enunciados. Un cierto número de investigaciones actuales han tomado esta vía. Partiendo de sistemas significantes, se orientan hacia prácticas significantes. Esperan articular las problemáticas de la "comunicación" (características de la primera perspectiva) con aquellas de la "producción". O, más precisamente, consideran las relaciones que tiene el sujeto de la enunciación con el sujeto del enunciado.³⁹

La irrupción de Veyne nos lleva todavía más lejos. Apunta a poner en escena el placer del historiador. Sin duda alguna, también aquí, sus aforismos y sus dictados ideológicos obedecen a

³⁶ Cf. por ejemplo el *Préface* de Emmanuel Le Roy Ladurie en *Paysans de Languedoc*, Sevpen, 1966), y sobre todo el *Préface* y la *Introduction* en las que Pierre Vilar sitúa su itinerario metodológico y su experiencia en la España contemporánea en relación con cuatro siglos de historia, en *La Catalogne dans l'Espagne moderne*, Paris, Sevpen, 1962, pp. 11-165.

³⁷ R. Barthes, "Le discours de l'histoire", *op. cit.*, p. 71.

³⁸ *Ibid.*, p. 69.

³⁹ Cf. el número especial de *Langages* (compuesto por Tzvetan Todorov), no. 17, marzo de 1970, "L'énonciation"; los estudios de J. Kristeva, *op. cit.*, o "Sémanalyse et production de sens", en A. J. Greimas (ed.), *Essais de sémiotique poétique*, Larousse, 1972, pp. 207-34; y muchas investigaciones en este sentido concernientes al discurso histórico, como el estudio sobre el problema de la enunciación realizado por Guy-Le Gaufey bajo la dirección de A. J. Greimas.

una balística complicada. Por ejemplo, se trata de inmediato de una cuestión de subjetividad: "Toda historiografía, dice, es subjetiva".⁴⁰ Sin embargo, en el fondo del conjunto de la obra, no puedo interpretar sus afirmaciones (una vez más perentorias) como una imposición de la realidad a cuenta del sujeto cognoscente. Ni toda la panoplia aristotélica y germano-americana de Veyne logrará convencerme. Lo que se anuncia, más bien, es la subversión de una problemática del saber por una problemática del deseo y de su relación con el texto; es la sustitución de la ciencia del hombre-objeto por una ciencia del sujeto.

"No existe una ciencia del hombre, porque el hombre de la ciencia no existe, sólo existe su sujeto".⁴¹ Lacan propuso la teoría de este vuelco cuyo sentimiento ya se manifiesta aquí. Y, haciendo cuentas, cuando habla de "curiosidad", cuando evita el vocabulario freudiano, enuncia mejor "la cuestión del sujeto" de lo que lo hacen algunos discursos pretendiendo exhumar, con el vocabulario del psicoanálisis, una positividad atemporal y silenciosa que todavía llaman el *inconsciente* y del que hacen el *objeto* de un saber. Veyne tiene más pudor y más honestidad. Sin embargo, la referencia a una "curiosidad" no basta para demostrar cómo la historiografía forma el texto del deseo que se constituye dentro de una relación ambivalente con el otro, reiterada bajo la figura del pasado o de lo extraño. Menos aún puede suponerse que los hechos individuales manifiesten mejor ese deseo que las categorías generales, o que el deseo se identifique con el individuo, que lo representa a modo de señuelo.

Sí, a pesar de una conjunción en los problemas que plantea, Veyne se mantiene a una gran distancia de los análisis que tratan estas mismas cuestiones, es en gran parte porque él habla como historiador. Viene de un lugar determinado: la historia. Describe cómo se desplazan las problemáticas dentro del mismo campo que ignoran demasiado aquellos que, semióticos o psicoanalistas, los elucidan por ellos mismos y por otros medios. Su texto narra los movimientos que se producen en ese terreno, y cómo aparecen en el léxico del medio. También designa el desgarramiento de una epistemología, pero con los fragmentos que deja al desaparecer.

⁴⁰ Veyne, p. 26. Cf. p. 52: "Nuestro recorte del cielo es subjetivo", etc.

⁴¹ Jacques Lacan, *Écrits*, 1966, p. 859. Una de las proposiciones centrales de este gran texto es "La ciencia y la verdad", *op. cit.*, pp. 855-77.

Situando su propio pensamiento, y también a la historia bajo el signo del nominalismo, Veyne utiliza una vez más una metáfora, pero muy precisa. Ésta indica el fin de una reflexión organizada por una relación con los "objetos" reales, y la necesidad de analizar la historiografía como un discurso articulado sobre otros discursos, dentro del sistema del lenguaje. Se ha constituido toda una historiografía sobre el modelo: "Yo, el pasado, hablo". Veyne la orienta hacia las transformaciones de organizaciones textuales en las que el deseo de saber es el que habla.

Sin embargo, a fin de cuentas, las cuestiones importantes permanecen en suspenso. ¿Cuál será la relación entre este tratamiento del *discurso* y, por otro lado, las *prácticas* determinadas por las instituciones técnicas de una disciplina? ¿En qué modificará una epistemología definida de esta manera los procedimientos y la escritura, en suma, la producción historiográfica? ■

Traducción: Ma. Pilar Vallés.